

Antilka

REVISTA LATINOAMERICANA DE HISTORIA, ARTE Y LITERATURA



Editores

América Malbrán Porto

Ana Igareta

Enrique Méndez Torres

Diseño editorial

América Malbrán Porto

El contenido de los artículos y opiniones expresadas en Antilha son responsabilidad exclusiva de sus autores.

Antilha es una publicación cuatrimestral editada y publicada por el Centro de Estudios Sociales y Universitarios Americanos S.C.

Certificado de reserva de derecho al **uso exclusivo del título**, Dirección General de Derechos de Autor, Secretaría de Educación Pública, número (en trámite). Certificados de licitud de título y de contenido, Comisión Certificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, Secretaría de Gobernación, números (en trámite), ISSN (en trámite).

Portada, cenefa y viñeta: Tabla V, Andrea Cellario, *Orbium planetarum terram complectentium scenographia.. Harmonia macrocosmica seu atlas universalis et novus, totius universi creati cosmographiam generalem, et novam exhibens, in quâ omnium totius mundi orbium harmonica constructio, secundum diversas diversorum authorum opiniones, ut & Vranometria...* Amstelodami Apud Joannem Janssonium, 1661.

Comité Editorial

Dr. Jorge Angulo Villaseñor	DEA-INAH, México.
Dra. María Elena Ruiz Gallut	IIE-UNAM, México.
Dr. Enrique Tovar Esquivel	INAH, México.
Dra. Lourdes Budar Jiménez	Universidad Veracruzana, México
Dr. Daniel Schávelzon	CAU-UBA, Argentina
Dra. Ana Igareta	UNLP, Argentina.
Mtra. América Malbrán Porto	FFyL-UNAM, México.
Mtro. Alfredo Feria Cuevas	INAH-México.
Lic. Alejandra Gómez Colorado	INAH, México.
Lic. Enrique Méndez Torres	ENAH, México.
Lic. Ivon Cristina Encinas Hernández	Universidad del Tepeyac A.C.



CONTENIDO

Editorial	P. 7
Algunas lecturas de los códices del Grupo Borgia en el trabajo de Elżbieta Śiarkiewicz Ofelia Márquez Huitzil	P. 9
Al Sur del Río Grande: Helmut de Terra y su trabajo en Tepexpan Daniel Schávelzon y Ana Igareta	P. 26
América, alegoría de una conquista América Malbrán Porto	P. 42



AL SUR DEL RIO GRANDE: HELMUT DE TERRA Y SU TRABAJO EN TEPEXPAN

Daniel Schávelzon¹ y Ana Igareta²

Introducción

Entre los años 1945 y 1952 trabajó esporádicamente en la arqueología de México uno de los grandes naturalistas del siglo XX: Helmut de Terra (1900 -1981). Alemán hugonote de nacimiento, descendiente de familia francesa, De Terra se graduó en 1925 como geógrafo en la Universidad de Múnich y rápidamente se interesó por el estudio de los procesos de transformación geológica de la superficie terrestre, en particular aquellos generados por glaciares. Hasta 1930 se desempeñó como curador de colecciones en el Museo de Historia Natural de Berlín, donde tomó contacto con el trabajo de Florentino Ameghino. La importancia atribuida por el argentino a la geología en la construcción de interpretaciones arqueológicas y su propuesta acerca la existencia de un hombre americano prehistórico entusiasmaron a De Terra. Hallar evidencias de la antigüedad del hombre moderno se transformó en su obsesión y a partir de entonces dedicó sus esfuerzos al estudio de la asociación entre sedimentos pleistocénicos y restos de humanos primitivos (De Terra, 1957).

Durante la década de 1920 participó como investigador en numerosas expediciones por Asia central, en las que se dedicó tanto a la realización de mapas glaciológicos como a la recolección de evidencia fósil, lo que le permitió explorar la teoría de que

1 Director del Área de Arqueología Urbana de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y Director del Centro de Arqueología Urbana en el ámbito de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. Miembro del CONICET.

2 Licenciada en Antropología y Doctora en Ciencias Naturales de la FCNyM, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Investigadora Asistente CONICET. Coordinadora del EAH de la DA, MLP. CONICET-Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. aigareta@gmail.com



Srinagar (India), expedición con Helmut de Terra sentado al frente, 1932, Helmut de Terra Collection, American Geographical Society Library, University of Wisconsin-Milwaukee Libraries.

el ser humano se estableció en esa región poco después de desarrollarse en África. Luego de una breve estadía en China radicó en los Estados Unidos, donde se desempeñó como docente en la Universidad de Yale y trabajó para prestigiosas instituciones científicas como la Fundación Viking, de Nueva York. Fue gracias a su financiamiento que De Terra pudo iniciar sus investigaciones en México en 1945, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, y realizar el hallazgo que lo hizo célebre en nuestro continente. Pero los viajes transoceánicos perma-

necieron como una constante a lo largo de su vida, y con frecuencia se trasladaba con toda su familia desde Asia a América y luego a Europa y de vuelta, para efectuar expediciones, discutir sus ideas con colegas y participar de eventos científicos que se realizaban en distintos idiomas en diversas ciudades.

De Terra fue un entusiasta de la utilización de nuevas tecnologías para la detección y análisis de materiales arqueológicos y paleontológicos, y a él se debe la introducción a México del uso de las dataciones radiocarbónicas y el georadar,

entre otras técnicas novedosas de su tiempo. Además, demostró una asombrosa capacidad de adaptar elementos técnicos provenientes de campos disímiles a usos arqueológicos específicos. Buen ejemplo de ello lo da el hecho de que el hallazgo del Hombre de Tepexpan se realizó utilizando trescientos metros de alambre común, el acumulador de su auto, la pantalla de un radar militar fuera de uso y un elemental detector de metales inventado para encontrar vetas minerales (*Ídem.*).

La amplitud temática y geográfica de sus investigaciones le valió rencores, críticas y celos que, con frecuencia, empañaron su carrera y hubo quienes cuestionaron – en parte acertadamente- su atolondramiento y la invasión de espacios académicos ajenos. Sin embargo, era habitual para él trabajar con profesionales formados en otros campos de la Ciencia así como también del Arte y la tecnología, por lo que bien puede reconocérsele el haber contribuido a dar cuerpo al actual concepto de interdisciplina³. En México colaboró activamente con Luis Aveleyra Arroyo de Anda -quien tenía veinte años al momento de conocer al alemán y se

convirtió luego en una autoridad en las investigaciones prehistóricas mexicanas; con José Luis Arellano, quien lo acompañó en muchos de sus viajes por el país y con Manuel Maldonado Koerdell, quien ya por entonces era un investigador destacado. Cabe recordar también que el libro que escribió sobre sus hallazgos en Tepexpan incluyó planos del sitio realizados por Luis Covarrubias y fotos de Igmard Groth-Kimball (*Ídem.*). Semejante lujo se debió en gran medida al apoyo que obtuvo del INAH a través de Alfonso Caso, quien se interesó por sus investigaciones y contribuyó a su desarrollo. Por el contrario, De Terra se enfrentó con frecuencia con Pablo Martínez del Río, investigador mexicano muy reconocido en la época por sus contribuciones al estudio de la prehistoria local y que no vio con agrado la intromisión del primero en su temática de estudio (Martínez del Río, 1987).

3 Su interés y entusiasmo por la colaboración con profesionales de otros campos ha sido reconocido en diversas oportunidades por las ciencias naturales, existiendo dos especies de vegetales fósiles, dos de invertebrados, dos vertebrados fósiles y un vertebrado vivo encontrados en el Himalaya, el Tíbet, Kashmir y Xinjiang, nombrados en su honor.

La celeridad con que el alemán realizaba sus investigaciones fue otro de los aspectos cuestionados de su trabajo; en su opinión, una semana era una enormidad de tiempo para dedicarle a un tema y prefería, en cambio, generar permanentemente hipótesis basadas en la observación directa. Se arriesgó sin prurito alguno a hacer públicas las interpretaciones insólitas que elaboró para muchos de sus hallazgos, lo que con frecuencia produjo violentas reacciones de parte de los investigadores de los diversos países en los que trabajó. Todavía en la década de 1970 hablar de él en México traía polémica, y la situación sólo se modificó cuando Eduardo Matos lo incluyó en su célebre libro sobre los pioneros de la arqueología y se unió a Aveleyra en su esfuerzo para crear el Departamento de Prehistoria del INAH (Matos Moctezuma, 2001:35).

De Terra y Teilhard de Chardin

Además de hombre de campo De Terra fue un pensador, un investigador que periódicamente dejaba los materiales de lado y se dedicaba a reflexionar sobre aspectos teóricos del conocimiento y el

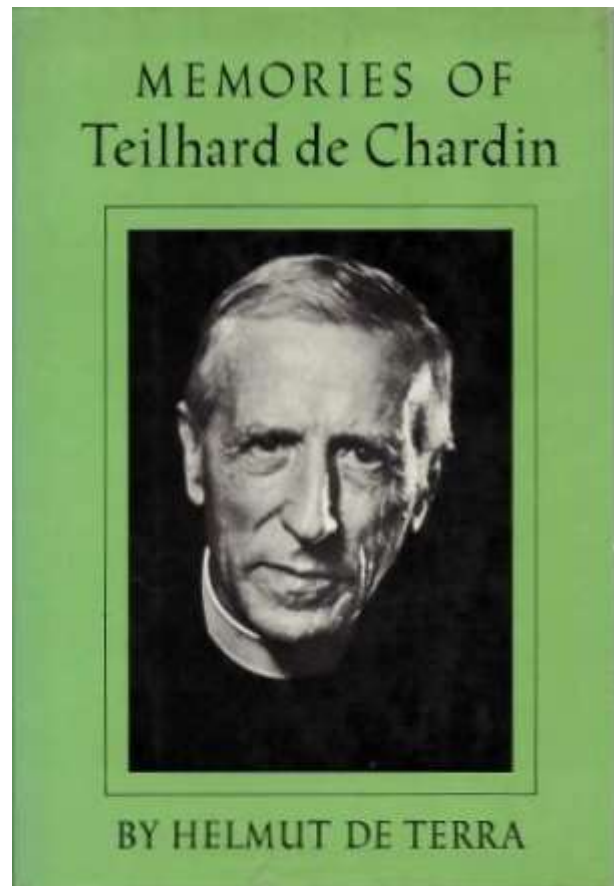
trabajo científico. Según sus propias palabras, sus referentes fueron dos individuos que buscaron unir lo material con lo espiritual y explicar la Creación a escala del universo: el célebre naturalista Alexander von Humboldt y su amigo, maestro y compañero, Pierre Teilhard de Chardin. Su amistad los hizo colaboradores en media docena de expediciones realizadas en la India y Burma, y a trasladarse a Java a fines de la década de 1930 para analizar los estratos geológicos en los que habían sido encontrados los restos del llamado Hombre de Java y confirmar la antigüedad que G. H. R. von Koenigswald proponía para ellos (Koenigswald, 1938).

Es posible que muchos ya no lo recuerden pero Teilhard de Chardin fue uno de los grandes personajes de la investigación de la primera mitad del siglo XX, sacerdote jesuita y paleontólogo del Museo Nacional de Historia Natural de Francia, conocido por su participación en el hallazgo del Hombre de Pekín en la década de 1930. Y también por su nunca comprobada intervención en las interpretaciones del fraude del Hombre de Pilt-down. En la década de 1950 revolucionó

a la Iglesia Católica al exponer su teoría sobre la evolución humana y dedicarse activamente a la búsqueda de evidencias que la sustentaran, lo que le valió convertirse en un marginal dentro de su propia Orden. Su concepción -ahora impuesta en muchos círculos de la Iglesia-, aceptaba la evolución física humana y la existencia de un registro fósil que daba cuenta de la misma, proponiendo que la aparición del ser humano había sido un hecho natural. Y que Dios había participado solamente en el momento de darle al hombre conciencia de sí mismo. De Terra admiró a Chardin por atreverse a salir en la búsqueda de evidencia material del nacimiento de la conciencia (materializado en la aparición del arte y la religión en los pueblos del mundo) tanto como criticó el concepto en sí mismo, que a su parecer constituía el punto débil del fenomenal edificio intelectual construido por su maestro (De Terra, 1967).

Investigaciones en México y el hallazgo en Tepexpan

A comienzos de la década de 1930 un pequeño grupo de investigadores del Instituto de Geología incorporado a la



Portada del libro de De Terra, Memorias de Teilhard de Chardin New York: Harper & Row, 1965.

UNAM trabajaba en México con un único objetivo: encontrar evidencias de la temprana presencia humana en la región. Si bien se habían producido algunos hallazgos interesantes en tal sentido, la mayor parte carecía de contexto. El antecedente más significativo era una punta Folsom hallada por Henry Field en Tepexpan (De Terra; Romero y Stewart,

1949:77), cuya relevancia pasó inadvertida para la mayor parte de los arqueólogos locales pero atrajo la atención de De Terra. Éste consideraba imposible que una migración continental se hubiera detenido en el límite impuesto por una frontera política reciente y sin que mediaran cambios geológicos o ecológicos significativos. En cambio, estimaba que hacía falta una búsqueda efectiva en el terreno que permitiera hallar la evidencia correspondiente.

De Terra dedicó sus primeras estadías en México a la búsqueda y análisis de

estratigrafías pleistocénicas. Para ello recurrió al singular método de recorrer las excavaciones de obras en construcción que se realizaban en la ciudad, incluyendo la que modificó el diseño de Avenida de los Insurgentes a mediados de la década de 1940. Nadie había considerado hasta entonces la posibilidad de hacer un relevamiento de ese tipo y nadie volvió a hacerlo hasta mucho tiempo después. Pero De Terra tenía un conocimiento detallado del tipo de sedimentos que podían pertenecer a dicho periodo y del registro arqueológico que podía apa-



Helmut de Terra y su equipo en Tepexpan.
De Terra; Romero y Stewart, 1949:Lámina 4.

recer asociado, por lo que se concentraba en los niveles estratigráficos adecuados y descartaba el resto (De Terra 1946a, 1946b).

En esos mismos viajes realizó estudios sobre las glaciaciones en el Ixtacihuatl; recorrió el Tajo de Nochistongo con sus gigantescos cortes geológicos expuestos; visitó las excavaciones en Tlatilco, Zacatenco y Chalco, y caminó hasta el extremo del desierto de Tehuacán en el que Richard Mc Neish encontraría luego las pruebas más fehacientes de la larga antigüedad de la cultura del Altiplano (MacNeish y Byers 1967-72). Apenas dos cortas estadías bastaron para que obtuviera un interesante panorama de la prehistoria del noroeste y sureste mexicano, Guatemala, la costa de Cempoala y para que quedara asombrado de la belleza de su mundo pasado y presente, tal y como quedó registrado en sus escritos. Pero no era eso lo que buscaba, todo resultaba demasiado moderno y poco relevante para su interés por explicar el principio del proceso poblacional mexicano. De Terra estaba convencido de que la prehistoria de México podía arrojar fechados mucho más antiguos que

los hasta ese momento conocidos. El hallazgo en el norte del país de elementos de la cultura de Folsom había reabierto el debate entre expertos pero sólo las pirámides y grandes ciudades mesoamericanas seguían atrayendo la atención y el financiamiento (Aveleyra Arroyo de Anda, 1961).

En ese poco alentador panorama, De Terra se unió a Arellano y a un recién graduado Aveleyra y el 1° de julio de 1946 viajaron a Tepexpan a prospectar la zona en la que habían sido encontrados con anterioridad restos de mamutes (Odena Guemes y García Mora, 1988). El objetivo era identificar estratos que contuvieran restos de megafauna asociada con artefactos manufacturados por el hombre primitivo y contribuyeran a probar su coexistencia, algo que muchos investigadores locales se negaban aún a aceptar. Se trataba de una apuesta más que arriesgada ya que las posibilidades de hallar juntos ambos tipos de evidencia eran inciertas, pero el investigador alemán confiaba en que sus conocimientos de la geología de la región contribuirían a orientar la búsqueda. Y así fue. El sitio elegido para trabajar fue el lecho del an-

tigo lago que forma la Cuenca de México y el primer paso de los investigadores fue determinar cuál había sido su extensión y definir sus límites. Luego, decidieron concentrar sus esfuerzos en la orilla norte por estar libre del estrato de la lava volcánica que había sellado buena parte de la zona sur en tiempos posteriores a los buscados. La investigación se basaba en la hipótesis de que hombres y animales debían haber coincidido para beber en el mismo borde del antiguo lago en proceso de reducción, y que en tal caso sus orillas cenagosas debían contener evidencia de tal coexistencia.

Pocos días después de iniciado el trabajo comenzaron los hallazgos de huesos de elefantes y objetos líticos pero siempre aislados, por lo que a fines de enero de 1947 el equipo decidió utilizar tecnología alternativa para ampliar las posibilidades de la búsqueda. Consideraron entonces la conducción eléctrica como herramienta para explorar el contenido de los estratos del subsuelo (De Terra; Romero y Stewart, *óp.cit.*:34-36). Pese a su simpleza, este método indirecto de análisis nunca había sido aplicado a la investigación arqueológica, estando hasta en-



Helmut de Terra durante la excavación de los restos óseos. Revista LIFE, 31 Mar 1947:110.

tonces limitado su uso a exploraciones mineras y geológicas y a ciertas funciones bélicas. El método se basa en la noción de que en un estrato geológico homogéneo, la corriente eléctrica fluye de modo homogéneo y proporciona lecturas de igual potencial; en cambio, la presencia de grandes masas enterradas genera oscilaciones e interrupciones susceptibles de ser registradas como anomalías. La gestión de De Terra con la Fundación Viking consiguió que el sueco Hans

Lundberg -inventor del equipo de detección utilizado por los arqueólogos- viajara a Tepexpan y participara de la interpretación de los resultados del reconocimiento eléctrico.

En un sector de la antigua orilla del lago las lecturas eléctricas mostraron sinuosidades extremas y De Terra ordenó la excavación de tres pozos. El resto es historia conocida: en el segundo pozo se produjo el hallazgo de un esqueleto humano fosilizado casi completo. Se estimó entonces que los sedimentos del estrato geológico en que fue recuperado el desde entonces llamado Hombre fósil de

Tepexpan correspondían a la Formación Becerra de fines del Pleistoceno y que el esqueleto –que fue exhumado y estudiado en detalle por el conocido antropólogo Javier Romero-, tenía una antigüedad mínima de 8000 años. Por supuesto que era una fecha aproximada ya que aún no había en México métodos de datación absoluta. Pero en ese momento, la geología le daba la razón al alemán (Aveleyra, 1950; De Terra; Romero y Stewart, *óp. cit.*).

El descubrimiento del “primer mexicano” desató una ola masiva de interés popular y en cuestión de días los medios de co-



Hans Lundberg probando su radar en Tepexpan. Revista LIFE, 31 Mar 1947:109.

municación invadieron el lugar, que se transformó en un hervidero de noticias para el mundo. La presencia en Tepexpan de un exótico científico europeo con curiosísimos antecedentes atrajo la atención del público sobre una temática arqueológica que hasta entonces había estado relegada a la sombra de las pirámides.

Lamentablemente el hecho de que toda la información proporcionada –hasta el género atribuido al individuo- solo fuera parte de la interpretación preliminar del hallazgo no fue tenido en cuenta por los periodistas. Como ocurre con cierta frecuencia, les importaba más la espectacularidad de la noticia que el desarrollo científico subyacente. Ante la multitud de críticas abiertas y solapadas, De Terra tomó una determinación poco habitual: entregó toda la investigación a especialistas mexicanos. Así, Martínez del Río, Arellano y Romero se hicieron cargo de los trabajos como directores, conformando un equipo altamente calificado que continuó con las investigaciones por años y que satisfizo la nunca abiertamente admitida necesidad de que el “primer mexicano” fuera un descubri-

miento realizado por mexicanos y no por un extranjero (De Terra, Romero y Stewart, *óp.. cit.*). Para De Terra el objetivo perseguido estaba cumplido y continuó con sus investigaciones en otra parte del mundo, pero los resquemores que su presencia generó en México tardaron décadas en apagarse. Más allá de eso, cabe recordar que Aveleyra siguió trabajando en la línea por él planteada y que, unos años después y a menos de tres kilómetros de Tepexpan, su hallazgo de dos ejemplares de mamuts asociados a puntas Clovis en Santa Isabel Iztapan, cerró la discusión sobre la temprana presencia del hombre primitivo en la región (Aveleyra 1952 y 1954).

La gran polémica

Aunque reconfirmado por evidencia independiente poco tiempo después, el hallazgo de Tepexpan estuvo desde sus inicios envuelto en diversas polémicas. En parte, ello se debió a que el descubrimiento del esqueleto ocurrió un día en que ninguno de los investigadores a cargo se encontraba en el sitio, lo que abrió la puerta a críticas que se fueron exagerando cada vez más. El alemán publicó



El llamado grupo Tepexpan, D. Granado, R. Monges Lopes, P. Martínez del Río, A.R.V. Arellano, y H. de Terra examinando el cráneo del hombre de Tepexpan, México 1947. Wenner-Gren Foundation, 1947.

más tarde un libro en el que explicó lo ocurrido, un hecho tan simple como habitual en las excavaciones arqueológicas de la época: una tarde al comenzar a llover dio la orden de suspender las tareas hasta el día siguiente y se fue a su casa. Al regresar a la mañana siguiente se encontró con que, al parar la lluvia el día anterior, los operarios habían seguido trabajando y encontrado los primeros huesos. Como preveían el pago de una buena cantidad de horas extras continuaron excavando hasta desenterrar gran parte del esqueleto (De Terra, 1957).

Aunque se trató de una innegable desprolijidad, era la misma en la que incurría la mayor parte de los otros arqueólogos de la época, pero sirvió a sus detractores para cuestionar el crédito merecido por un investigador extranjero de métodos poco ortodoxos.

No sólo a nivel nacional el hallazgo desató conflictos, hubo también expertos de otros países que se sintieron lastimados porque la evidencia confirmaba lo que muchos habían negado por años, la temprana presencia humana al sur del Río Grande. La crítica más seria se cen-

tró en la antigüedad estimada de los restos, conflicto que De Terra resolvió introduciendo en México el método de datación por radiocarbono desarrollado un par de años antes. Los análisis arrojaron entonces un fechado de 7000 años de antigüedad, lo que disipó por algún tiempo la discusión y confirmó que habían descubierto lo que habían ido a buscar. Estudios posteriores y más precisos proporcionaron luego un resultado diferente, pero en ese momento se trataba del individuo más antiguo de México.

Curiosamente la polémica parece no haberse resuelto nunca del todo. Persistió por años en trabajos de investigación, publicaciones presentadas en las más prestigiosas revistas del país y en la historia oral transmitida por generaciones de arqueólogos y antropólogos físicos. Entre otras cosas, fue determinante en establecer la necesidad de la presencia del investigador en el campo y abandonar las excavaciones realizadas por operarios sin supervisión. El hecho que De Terra, que era bastante obsesivo, no pudiera controlar la situación, les mostró a los demás arqueólogos que no era una práctica saludable para la disciplina.

De Terra presentó algunos trabajos en congresos y artículos científicos (1946a y 1946b, 1947a y 1947b) y publicó en 1956 un libro que presentaba los detalles y características de su hallazgo, pero lo hizo desde una perspectiva más enfocada en la divulgación que en la discusión académica. Para ese entonces ya estaba más interesado en continuar explorando las posibilidades de la teoría general del poblamiento mundial que en defender sus hallazgos de México.

La olvidada sombra de Helmut

El gringuito apurado pasó raudo por México a mediados del siglo XX. Poco importan los posibles errores técnicos cometidos en la excavación, si la antigüedad de los restos de Tepexpan era mayor o menor a la que él les atribuyó, si se trataba del esqueleto de un hombre o una mujer o si estaba efectivamente asociado a fauna extinta. El ajuste y corrección de las interpretaciones y la obtención de datos cada vez más precisos forman parte del juego al que jugamos todos los científicos. Quienes trabajaron y se formaron con él maduraron e hicieron luego labores notables y tal vez se olvi-

daron del inquieto alemán. Quizás se hubiera descubierto lo mismo sin él, sólo que más tarde, quién sabe.

Lo cierto es que su trabajo tuvo un indudable impacto en la arqueología mexicana y la de toda América, y que su forma de investigar abrió la puerta grande al desarrollo de los estudios del hombre prehistórico en México atrayendo la atención de público y colegas hacia un tema hasta entonces relegado a discusiones entre unos pocos geólogos. Este gringo alemán, como él mismo se denominaba, estaba convencido de la importancia que tenía para la Ciencia el “reconocer la unidad en la diversidad” humana. En el gigantesco periplo que además de México y su adorada Asia lo llevó por Italia, España, Suiza, Estados Unidos y Alemania, De Terra mantuvo siempre su compromiso de buscar las huellas del hombre primitivo. Su laboratorio y su sitio de excavación fue el mundo entero, y, con todos sus errores y limitaciones, su interés por el estudio del pasado mexicano proyecta aún una sombra digna de ser respetada.

Bibliografía

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis

1950 Prehistoria de México: revisión de prehistoria mexicana; el hombre de Tepexpan y sus problemas. Ediciones Mexicanas. México.

1952 “Asociación de artefactos con mamut en el Pleistoceno superior de la Cuenca de México” en Revista Mexicana de Antropología N° 1, Sociedad Mexicana de Antropología. México. Pp. 3-29.

1954 *El segundo mamut fósil de Santa Isabel Ixtapan y artefactos asociados*. Serie Prehistoria (I) Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

1961 “El primer hallazgo Folsom en territorio mexicano y su relación con el complejo de puntas acanaladas” en *Homenaje a Pablo Martínez del Río*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. Pp. 31-48.

De Terra, Helmut

1946a “New Evidence for the Antiquity of

- Early Man in Mexico” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo VIII, números 1-3, Sociedad Mexicana de Antropología, México. Pp. 69-98.
- 1946b “Discovery of an Upper Pleistocene Human Fossil at Tepexpan, Valley of México” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo VIII, números 1-3, Sociedad Mexicana de Antropología, México. Pp. 287-288.
- 1947a “Descubrimiento de un fósil humano del Pleistoceno Superior en Tepexpan, México” en *El México antiguo*, Vol. VI, N° 9-12. México. Pp. 405-407.
- 1947b “Preliminary Note on the Discovery of Fossil Man at Tepexpan in the Valley of Mexico” en *American Antiquity*, Vol. 13, N° 1, Society for American Archaeology, Washington, D.C. Pp. 40-44.
- 1957 *Man and Mammoth in México*, Hutchinson, Londres.
- 1967 *Mi camino junto a Teilhard de Chardin, investigaciones y exploraciones*. Alaguara Ediciones, Madrid.
- De Terra, H.; Romero, J. y T. Stewart
1949 *Tepexpan Man*. Viking Found Publications in Anthropology, N° 11, Nueva York.
- Koenigswald, G.H.R. von
1938 “Ein neuer Pithecanthropus-Schädel” en *Koninklijke Akademie van Wetenschappen*; Proceedings of the Academy of Science, Amsterdam, Vol. 41, Amsterdam. Pp. 185-192.
- MacNeish, R. S. y Byers, D. S. (Eds.)
1967-72 *The Prehistory of the Tehuacan Valley (Mexico). Environment and Subsistence*. 5 Vols. University of Texas Press, Austin.
- Martínez del Río, P.
1987 *Los orígenes americanos*. Secretaría de Educación Pública. México.
- Matos Moctezuma, E. (Ed.)

2001 *Descubridores del pasado en Mesoamérica*. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Turner publicaciones. México.

Odena Guemes, Lina y Carlos García Mora (Eds.)

1988 *La antropología en México, panorama histórico. Los precursores*. Vol. 9 Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

Wenner-Gren Foundation

1947 For Anthropological Research, New York, NY, disponible en: <http://www.wennergren.org/history/grants-and-fellowships>

